

Entrevista con Gonzalo Rojas

Inmaculada García Guadalupe
Samuel Serrano

*El poeta es aquel que es capaz de descubrir
el largo parentesco entre las cosas. G.R.*

–¿Qué reflexión le suscita la palabra taller aplicada a la enseñanza de la poesía?

–La palabra taller merece algunas objeciones por mucho que se haya utilizado referida al ejercicio poético, porque taller sugiere algo así como un cepilleo, un viruteo sobre una gran tabla que vendría a ser el pensamiento poético ya verbalizado. Creo que los talleres poéticos, tan practicados en México y los EEUU, se ofrecen como un proyecto equívoco porque incluyen la idea de que en ellos, además de la didáctica, se puede aprender el arte de escribir. En la antigüedad clásica se enseñaba dentro de las disposiciones oratorias lo que Quintiliano llamaba la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio* (invención, disposición y elocución o estilo), plazos dentro de los cuales el aprendizaje del arte de escribir podía tener, tal vez, algún grado de eficacia en cuanto a lo didáctico, pero el término taller indica que se pueden llevar a cabo algunas prácticas para desarrollar el arte de escribir poesía y éste es un oficio mayor que va más allá de la didáctica.

–Encontramos en su obra una polifonía de voces que se entrecruzan y la influyen. ¿Cómo logra orquestar estas voces diversas y con cuáles de las que pertenecen a la gran familia hispanoamericana se siente más identificado?

–Creo que todos los poetas formamos parte de un coro y que la originalidad, entendida como un modo de creación completamente autónomo, no existe. Los poetas somos una gran familia y, aunque unos vengamos después de otros y coincidamos o no con determinada visión del mundo, todos estamos relacionados en nuestro oficio de nombrar y cantar las cosas. Hay un poema mío llamado *Concierto*, que resulta decisivo para entender esta

posición. El poema comienza: «Entre todos escribieron el libro, Rimbaud/ pintó el zumbido de las vocales, ¡ninguno/ supo lo que el Cristo/ dibujó esa vez en la arena!, Lautréamont/ aulló largo, Kafka/ ardió como una pira con sus papeles/ etc...» aparecen todos mezclados porque creo en la idea del concierto, de un gran coro del que todos formamos parte.

En cuanto a los poetas cercanos a mi obra, claro que hay muchos y, además de las presencias inmediatas de Huidobro o Vallejo, quisiera destacar a otros más alejados en el tiempo pero igualmente presentes como San Juan de la Cruz y los románticos alemanes como Hölderlin. A la gran familia o dinastía, si cupiera este término, de poetas de nuestra América, la podemos dividir en dos corrientes principales que se entrecruzan formando una suerte de rosa de los vientos de nuestras tendencias: la primera de estas corrientes estaría formada por los poetas del pensamiento como Huidobro, Borges, Paz, etc...; y la segunda por la corriente de la existencia, del desamparo, que agrupa a poetas como Vallejo y Pablo de Rokha, cuya visión es menos precisa y más balbuceante que la de los primeros, sin que esto quiera decir que no conozcan su arte sino que trabajan libremente, como los niños, inventando vocablos cuando la palabra no se ajusta a sus propósitos.

En esta gran división entre el *pathos* y el *logos* americano me quedo, como ya lo he señalado, con Huidobro en cuanto al *logos* y con Vallejo en cuanto al *pathos*. Estas no son doctrinas mías ni quiero que tengan un airecillo profesoral, ¡Dios me libre!; se trata, tan sólo, de simples aproximaciones a nuestra poesía.

—¿Qué opinión le merece el empleo del humor en la poesía, no cree que su uso puede restarle peso al lenguaje trascendente del poema?

—El humor no significa ningún deterioro de la gracia poética pues hay poetas en los que prevalece la gracia y otros en los que prevalece el peso, o sea la gravedad, y, puesto que la poesía se compone de estos dos elementos, no hay ninguna razón para que no puedan coexistir simultáneamente en una misma voz; Quevedo es un poeta del peso y de la gracia al mismo tiempo.

La categoría estética del humor guarda relación con la categoría estética que los románticos alemanes llamaron de la ironía y que repercute en el humor surrealista. Esto no quiere decir que el humor o la ironía sean un elemento completamente nuevo o exclusivo de lo moderno porque también hubo humor e ironía en la poesía clásica grecorromana; basta leer unos cuantos versos de ese poeta maravilloso que se llamó Catulo y cuyos poemas se encuentran cargados de humor, o recordar a Horacio cuando dice *jugaste bastante, bebiste bastante, comiste bastante, es tiempo de que te*